

za. — ¿Fedor mala cabeza? ¿quién te lo ha dicho, Iwan? no conozco un oficial mas juicioso. — ¡Oh! cuando digo que tiene mala cabeza, quiero decir que está enamorado, y que esto le obliga á ser loco. — Tú sabes que está enamorado; y dime: ¿sabes de quién? — Lo sé, y es de una persona á quien no debia atreverse ni aun á mirar. — ¡Cómo! ¿qué dices? Haga V. E. de mí lo que guste; pero jamas podré consentir que se engañe de este modo á un amo tan bueno como V. E.: en este mismo instante he visto salir al oficial de la habitacion de la Señorita. — ¡Miserable! ¿qué puede moverte á forjar tan infame calumnia? — No he dicho mas que la

verdad, y consiento en morir en el acto, si no lo probase. — Lo acepto: serás tratado.... — Concédame V. E. algunos dias, y verá que soi un fiel criado; pero necesito que se me guarde el secreto.

Se pasó toda la semana sin que el peluquero diese nuevo aviso. El General, no dudando ya de la impostura, se preparaba á castigarle, cuando la noche del sábado entra Iwan diciendo á su amo: «Estan juntos: venga V. E. y los sorprenderemos.»

A estas palabras nada responde el General. Se levanta, se viste, despide al oficioso delator y se dirige al aposento de su hija. Llama; pero nadie le responde: redobla los golpes, habla y manda

abrir: Varinka responde, al fin, como saliendo de un profundo sueño.... no tiene luz.... es necesario que despierte á su doncella.... Pide tiempo para ponerse una bata: el General se impacienta.... ¿Qué hará? La habitacion no tenia salida: eran dos piezas solas sin comunicacion con ninguna otra de la casa: habia una estufa, pero ninguna chimenea en que poder ocultarse, y las rejas de las ventanas hacian imposible la evasion... Pero en la habitacion de Annouschka habia un cofre que se cerraba con resorte: solo contenia ropa blanca; le desocupan con precipitacion, entra en él Fedor, cae la cubierta, y la doncella se dirige á abrir al General. Este, luego que

entró, toma una luz, y hace un registro riguroso de toda la habitacion; nada encuentra que justifique sus sospechas; tampoco ve el cofre, sobre el cual han amontonado toda la ropa blanca que tenia dentro. El semblante de Varinka parece sereno, y pregunta á su padre con un aire sencillo el motivo de esta visita nocturna. El General, algo confuso, dijo entre dientes algunas excusas. Varinka se creia ya libre, cuando vió que su padre, dirigiéndose á Annouschka, la mandó cerrar la puerta, y empezó mui despacio una larga disertacion sobre la moral, y sobre todas las acciones que caracterizan la decencia de una jóven. La conversacion duró casi media hora;

Varinka sufrió con valor esta terrible prueba; al irse su padre la abrazó tiernamente, y la dijo: «A Dios, mi querida hija, perdóname haberte interrumpido el sueño: veo que no me equivoco en la buena opinion que he formado de tí; mereces mi confianza, y comprenderás la importancia de todos tus deberes.

Libres ya Varinka y su doncella, se apresuran á sacar á su prisionero; le hablan, y no responde: le creían desmayado: estaba muerto.... ¿Pero cómo admitir tan terrible idea? Le levantan, le rocian con agua y con espíritus; pero aun permanece inmóvil. Varinka prueba el último medio; toma unas tijeras, le pica una vena, pe-

ro la sangre no aparece. El desgraciado jóven, no pudiendo sufrir la estrechez del cofre, se sofocó por falta de aire, y está muerto....

¡Ah! ¿cómo pintar la desesperacion de Varinka? Un hombre acaba de espirar en su mismo aposento y casi en sus brazos, y este hombre poseia su amor.... Arrodillada cerca del cuerpo de su amante, no llora, solo articula algunas voces que carecen de sentido. Ya no es la altiva Varinka que todo lo despreciaba: el dolor la ha hecho una muger sensible, y daría mil veces su vida por rescatar la de Fedor.

Mientras que esta sentia su desgracia sin vengarse de su situa-

cion, Annouschka lloraba amargamente: «Estamos perdidas, decia: se nos acusará de la muerte del oficial, y seremos desterradas á la Siberia....» Variinka nada responde. Una hora se pasó en este estado. De repente se levanta Annouschka exclamando: «Me ocurre una idea que puede salvarnos. Es necesario sacar de aqui el cuerpo antes de amanecer: voi á llamar á mi hermano el cochero; él solo puede librarnos de este apuro. — ¿Y piensas confiar á tu hermano nuestro secreto? — ¿Y por qué no? Bien sé que se emborracha algunas veces; pero en el fondo es un buen hombre: yo respondo de él; algunos presentes le harán discreto. — No, yo no pue-

do resolverme.... — ¿Pero qué otro medio hai? ¿qué hacer de este cuerpo? Pensad en la cólera del General; el ruido que va á hacer este suceso en todo el pais; vais á quedar deshonorada. El tiempo vuela, solo nos quedan algunas horas de noche, el dia llegará pronto y somos perdidas: en el nombre del cielo, no me detengais, yo me encargo de todo.»

Al pronunciar estas palabras, salió de la habitacion sin escuchar á su Ama: fue á buscar á su hermano, le confió todo el secreto, y quiso conmooverle con súplicas y promesas: el cochero la interrumpió bruscamente, diciendo: «¿Par-diez! es un buen secreto: un hombre muerto; y bien, ya lo enter-

rarán. ¿Estás loca para afligirte así? — Pero es necesario que nadie sepa.... — Nadie lo sabrá, te lo aseguro. — ¿Pero cómo has de hacerlo? — Tranquilízate. Ahora duermen todos; voi á coger á nuestro hombre, le coloco sobre un trineo, le cubro con algunos manojos de heno, y con mi látigo haré que llevemos buen paso. Si casualmente me encontrasen, nadie podrá figurarse que bajo el heno va oculto un lindo oficialito: además, no hai miedo, hace demasiado frio, y esta no es hora de pasear. — ¿Pero á dónde quieres llevarle? — Eso no te dé cuidado; le ocultaré de tal modo, que en tu vida vuelvas á oír hablar de él. Estoy determinado á hacer este cor-

to servicio á nuestra Ama. ¡Pobre jóven! ¡cómo llorará los tres primeros dias! el cuarto ya estará mas consolada; y al quinto, si se presenta otro amante.... — Hazlo, pues, hermano mio: no tienes vergüenza de.... — Tienes razon, vamos.»

Los dos juntos se dirigieron silenciosamente á la lúgubre habitacion. Varinka los esperaba, y se retiró al momento que llegaron: el cochero no pudo verla: este cargó sobre sus anchas espaldas el cuerpo del desgraciado Fedor. Entre tanto Varinka estaba anonadada: el dolor y los remordimientos enagenaban sus facultades.

Algunos momentos despues se aleja el cochero, pone la carga so-

bre un trineo, y corre en pocos instantes una larga distancia. Luego que llegó á la mitad del rio, se arma de un azadon que llevaba prevenido, hace una abertura en el hielo, y por allí precipita el cuerpo que se abisma en las aguas.

Varinka, recostada sobre la ventana, habia caido en un desfallecimiento total. Los albores de la mañana iluminaban ya el horizonte, y los vapores encarnados de la atmósfera anunciaban un dia hermoso. El silencio de la noche desaparecia poco á poco, y cada uno empieza á ocuparse en su trabajo. Varinka oyó una voz bronca que cantaba un aire nacional; era el hermano de Annouschka, que habiendo vuelto de su espedicion,

se ocupaba en cuidar de los caballos. «¡Desgraciado! dijo Varinka: ¡tú cantas mientras yo estoy sumergida en la desesperacion! ¡has sabido ocultar el crimen; pero no la criminal! he confiado mi secreto á una alma baja, y este hombre envilecido se hace árbitro de mi suerte.

Llegó el medio dia, y Varinka no habia visto á su padre: era la hora en que debia verle. ¿Qué pensará de su semblante desordenado y sus facciones pálidas? Su corazon palpitaba; teme hacerse traicion: se acerca temblando y llama á la puerta del gabinete de su padre. El General responde: «¿Sois vos, querido Fedor? Entrad, os esperaba con impaciencia.» A estas pa-

labras, pronunciadas en un tono afectuoso, la desgraciada Varinka se sintió desfallecida: su mano abandona la puerta; queria huir, cuando oyó ruido, y apareció un correo; entra en el gabinete, le sigue. La atención del General se distrajo por este accidente; apretó la mano de su hija y abrió los despachos. Recorriéndolos con celeridad, se admiró de la ausencia de su Ayuda de campo. «Sabes, hija mia, la dijo, cómo es que Fedor tan exacto, Fedor, que siempre estuvo á mis órdenes á las nueve de la mañana, no haya parecido aun? Se le ha buscado por toda la ciudad; su criado dice que anoche no fue á su casa.» Varinka respondió con medias palabras. El

General conoció por fin la alteración de su hija. «Pobre hija mia, le dijo, aun se te conoce el trastorno que he causado en tí esta noche. Acaso te habré anunciado con demasiada prontitud nuestros temores por Fedor. Amas como yo á ese bello jóven: su desaparición me atemoriza; pero he enviado espesos á las cercanías, y será preciso que nos le traigan muerto ó vivo.» Estas palabras fueron un golpe mortal para Varinka, la que se retiró, temiendo que su padre llegase á conocer el temblor de que se hallaba poseida.

¡En qué situación se hallaba colocada! ¿Cómo podrá sostener el peso de su dolor y el silencio que debe guardar? Se pasaron mu-

chos dias en diligencias inútiles para encontrar á Fedor; solo se hablaba de su ausencia; cada uno la atribuia á un motivo distinto; pero nadie sospechaba la verdad. Bien pronto se olvidó esta conversacion: el hombre es tan inconstante, que aun los mas grandes acontecimientos solo dejan en su alma un débil recuerdo. El mismo General olvidó sus diligencias, y concluyó por creer que su ausencia era efecto de un despique amoroso.

Aunque el secreto se guardaba inviolablemente, Varinka no podia desentenderse de una inquietud que la devoraba; su salud se alteró visiblemente, y su tristeza se unió con su carácter. No era

aquella dulce melancolía que interesa en favor de una alma sensible: un aire de sequedad y altivez se mezclaba en todas sus acciones. En la mejor edad de su vida, en la edad encantadora, que reduce bajo su imperio á todos los que se acercan, Varinka inspiraba un menosprecio que rehusaba todo sentimiento afectuoso. La mudanza que habia experimentado, era demasiado grande para que se escapase á la penetracion de un padre. «Me ocultas tus penas, la dijo un dia el General: lo veo, hija mia, me has privado de tu confianza; pero dime: ¿no tengo por qué acusarme de la ausencia de nuestro pobre jóven? Herido con mi repulsa habrá querido separarse de

(42)

nosotros; creo que te habrá declarado sus sentimientos, y que conoces el ostáculo que se opone á sus deseos. ¿Acaso le amas? responde: ¿le has visto antes de su partida? — Le he visto, respondió Varinka sin turbarse; parecia conmovido al separarse de mí, y que se despedia para siempre. No pude comprender el sentido de sus espresiones; pero os juro que no conservamos relacion alguna. — No has respondido á una de mis preguntas: ¿amabas á Fedor? — No: era solamente un efecto de estimacion. — Te creo: ¿por qué me habias de ocultar la verdad? Además, es necesario decirlo, el hombre para quien estabas destinada, no existe ya para tí. Dueño

(43)

de su voluntad, ha roto ya los contratos que tanto habia yo respetado: hace ocho dias que se casó: las cartas de Moscou me dan esta noticia. Si amases á Fedor, podria esperarlo todo; pero no hablemos mas: no sé por qué la memoria de Fedor ha quedado en mi corazon como un peso doloroso.»

Esta conversacion fue un rayo para Varinka. En el instante que ha perdido á Fedor, se le presentan vencidas todas las dificultades. Ya se preparaba la pompa del himeneo: rica, bella, rodeada de adoradores, podia ser la mas feliz de las mugeres: la suerte, para castigarla, la deja entrever un rayo de felicidad. Esta idea halagüena se

presenta á su imaginacion como un relámpago que atraviesa las nubes ; pero al instante se viene la realidad ; y sus ojos , bañados en lágrimas , se fijan en el mismo sitio , en donde arrodillada ante el cuerpo de su amante , le prodigaba inútiles socorros.

Voluntariamente habia emponzoñado su vida y destruido su felicidad. ¡ Desgraciada ! ¡ por qué el destino la privó tan pronto de las caricias de su madre ! una madre cuidadosa de su felicidad hubiera dulcificado su natural fiereza y dirigido sus pasiones por el camino de la virtud ; y si hubiera cedido á los peligrosos atractivos del amor , su secreto no podria escaparse á la vigilancia de una ma-

dre. ¡ Ah ! el destino dispuso de otro modo de la jóven rusa. Desposeida de apoyo y de consejo , su carácter se hizo áspero , y su alma , llena de tormentos , habia despreciado todo sentimiento dulce y consolador : una sola idea ocupaba su imaginacion ; ocultar su secreto , evitar el desprecio de los demas , estos eran todos sus deseos. Cada dia se borraba mas y mas de su corazon la idea de Fedor ; solo le quedaba un débil recuerdo , y esta imágen aterradora se le presentaba como un acusador pronto á perderla.

Mientras tanto , el peluquero no podia comprender lo que pasaba : al dia siguiente de su delacion no solo fue castigado como calumnia-

dor, sino que recibió la orden de no volverse á presentar ante su Amo. Este último castigo aumentó tanto mas el resentimiento de Iwan, cuanto estaba plenamente convencido de haber visto entrar á Fedor en la habitacion de su Señora. No pudiendo concebir la desaparicion del Ayuda de campo, pensó seriamente en penetrar tan extraño misterio.

No tardó mucho en conocer que Pedro, el cochero, gastaba mas que antes de su aventura, lo que le hizo sospechar que el hermano y la hermana eran conocedores del secreto. Desde entonces buscó una ocasion de hacer hablar al cochero; se le ofreció bien pronto, y fue un dia de fiesta. En Rusia la

gente baja no cree haber celebrado una gran fiesta si no se emborracha á lo menos una vez al dia.

En la tarde de este dijo el General que no queria salir. Iwan acompañó al cochero á una taberna algo distante de la ciudad, que llamaban comunmente la taberna colorada; allí encontraron á dos criados del General: el dueño de la taberna era un hombre de buen humor; siempre se le veia pronto á partir la borrachera con los que bebían en su casa. Luego que la bebida comenzó á obrar su efecto, recayó la conversacion, segun costumbre, sobre el General y su hija. Las largas tertulias de taberna tienen por lo regular dos actos diferentes, asi como algunas piezas

de teatro: el uno en que se desatan las lenguas, efecto de los primeros tragos; y el otro en que se enfurecen por el exceso de la bebida: nuestros cinco convidados ejecutaron admirablemente la primera parte: las palabras se sucedían unas á otras con rapidez, sin dejar tiempo para entenderlas.

El cochero, que no ignoraba la especie de superioridad que tiene el que convida sobre los convidados, encantado de representar su papel, usaba largamente de sus derechos. Iwan, el mas hablador de todos los peluqueros, se empeñó en probar á la concurrencia, que no siempre el que tiene mas dinero es mas dichoso que los demas; y tomando por la mano al

tabernero, dijo gritando: «Partidiez, yo creo que en todo el departamento de Pultawa no hai un hombre mas dichoso que este. Dueño de sus acciones, hace todo lo que quiere sin que nadie le atormente. Si algun dia le da la locura de casarse, no tiene qué pensar mas que en sí solo; mientras que nosotros, sujetos á los caprichos de nuestros amos, y amenazados siempre de ser despedidos, pasamos una vida miserable.»

«¡Bah! dijo el cochero, te estás quejando continuamente, y á fe que no tienes razon; tu oficio es de perezosos: mientras haces colar los polvos por encima de las cabezas de tus parroquianos, caen sobre mí copos de nieve, y cla-